

GUERRA EN AMÉRICA

Cuando la muerte de un terrorista es un “casus belli”

En uno de los interminables discursos con que Hugo Chávez pretende entretener a su pueblo dio la orden de movilizar a la frontera con Colombia diez batallones, “batallones de tanques” explicaría un minuto después, y desplegar en plan de batalla su aviación rusa, todavía sin estrenar. Haciéndole coro, el presidente Correa también ordenó similar despliegue, no con tanques, porque no los tiene, pero sí con el deseo de invadir Colombia y castigarla por la insolente operación que le costó la vida al amigo de ambos mandatarios, un tal Raúl Reyes, el peor de los terroristas que hasta ayer avergonzaba a América y al género humano.

Esta historia requiere explicaciones y debates preliminares, sin los cuales resulta incomprensible. El primero y fundamental es la naturaleza terrorista de las FARC. El tema ha sido cuidadosamente rehuido por los presidentes Chávez y Correa, y lamentablemente olvidado por el presidente Uribe. Pero aquí está el corazón, la médula de todo el conflicto.

Fernando Londoño Hoyos, ex ministro del Interior y de Justicia de Colombia.

BREVES PALABRAS SOBRE EL TERRORISMO

El terror como sistema político nace, como casi todas las grandes cosas de la política moderna, las buenas y las malas, de la Revolución Francesa. Cuando la Convención decidió cometer el crimen atroz de guillotinar a Luis XVI, la suerte quedó echada. El asesinato de los girondinos fue el punto de partida. Cuando cayó Danton, el feroz ídolo popular, padre de todas las *vindictas*, quedó claro que nadie estaría seguro en adelante. Entre el Comité de Salud Pública y Robespierre, el "incorruptible", estaba la suprema ley, la de la vida y la muerte. El proceso dio completo giro sobre su eje, de modo que también alcanzaría la guillotina para Robespierre. El terror había hecho su entrada en la historia contemporánea.

Luego vendría Stalin. Y con Stalin las técnicas brutales para exterminar a los hombres y a los pueblos, como método para sostener en el poder una camarilla de asesinos. La famosa *Tcheka*, antecedente forzoso de la KGB, obró con singular eficacia. Los gulags agotaron sus espacios. Siberia se colmó de moribundos. Pueblos enteros fueron muertos de hambre, siendo Ucrania el más famoso, pero desde luego que no el único. El buen uso de la muerte de Kirov le permitió al padrecito Stalin exterminar a todos los sospechosos. Desde Zinoviev y Kamenev, sus compañeros de triunvirato, y de Trotsky, su gran contendiente, la lista de las víctimas de aquellas purgas se haría interminable. Según Helene Carrere d'Encausse, la cifra supera con seguridad los veinte millones de muertos o desaparecidos pudiendo llegar a cuarenta. *El Libro Negro del Comunismo* de Stephane Courtois es una buena obra para recordar ese pasaje de oprobio y de terror.

Pero esta descripción sumaria de aquella orgía de sangre no es el propósito central de estas líneas. De lo que aquí se trata, mucho más importante, es de revivir la reacción que el terror de Stalin causó en el mundo. Porque para nuestra pena sin orillas, la intelectualidad y la gran prensa del mundo se obstinaron en ignorar los crímenes de Stalin y en justificarlos cuando se reconocían.

Cuando se descubrió que el terror era eficaz medicina para conservar el poder, lo que Maquiavelo había intuido tantos siglos antes, fue simple con-

cluir que sería buen aliado para conquistarlo. Y se desató sobre el mundo la ola de terror revolucionario, encabezado por los comunistas de todas las latitudes. Los asesinatos, las bombas, las masacres, la toma de rehenes se hicieron comunes y para muchos, qué dolor, plausibles.

Si tomamos las cosas en serio, tendríamos que entender el terror como el gran problema de la sociedad contemporánea. Los islamistas lo han declarado como arma justa de conquista religiosa y política, pero no son los únicos que lo practican. Los comunistas, los nazis, los fascistas se les anticiparon, y ha surgido en el mundo una nueva estirpe terrorista que apenas se reconoce o que simplemente se ignora. Es el terror mafioso, que gira alrededor del tráfico de drogas, y que según las conveniencias se pone traje de izquierda o de derecha, las dos maneras que el hombre moderno se inventó para ser imbécil, según genial atisbo del genial Ortega y Gasset.

La humanidad está en guardia contra el terrorismo. ¿Con cuánta sinceridad?, nos preguntamos. El caso de las FARC es el más dramático de esta clase. Un terrorismo abierto, franco, de los más brutales y despiadados, se desconoce como tal por todos los países latinoamericanos. Los comunistas que no sienten vergüenza de serlo, enquistados en el poder en tantos países de la región, se molestan si les dicen que las FARC son terroristas. Porque todos esos personajes, Chávez, Correa, Lula, Ortega, el de Nicaragua, los amigos y colaboradores de los Kirchner, Castro, y por supuesto las FARC, son miembros del “Foro de Sao Paulo”, la tenebrosa organización izquierdista que los congregó de conspiradores, y los mantiene unidos ahora de Presidentes supuestamente todos democráticos.

LAS FARC SÍ SON TERRORISTAS

Es difícil entender por qué a estas alturas no disponemos de una definición universal y sencilla de aquello en lo que el terrorismo consiste. Pero no nos parece inadecuado, sin entrar en materia que el propio Ortega y Gasset llamaría espeluznante y atractiva, sostener que son terroristas las personas y los grupos que cometen delitos de lesa humanidad como sistema, bien por móviles políticos o simplemente egoístas. Y los delitos de

lesa humanidad sí que están bien definidos, desde los Protocolos de Ginebra, y sí que su noción se enriquece con el incesante perfeccionamiento de los medios para horrorizar a los pueblos y para rendirlos. Por eso nos limitaremos a recordar los delitos más obvios y repulsivos que las FARC han cometido y cometen en la medida en que se los permite la heroica y triunfante arremetida de las Fuerzas Militares de Colombia.

Álvaro Uribe Vélez asumió la presidencia el 7 de agosto de 2002. Ese día, más de trescientos cincuenta alcaldes, de municipios que comprendían más de la mitad del territorio nacional, se encontraban refugiados en la capital de sus departamentos, después de presentar renuncia de sus cargos. Si no lo hacían, serían “ajusticiados”, que es como estos bárbaros llaman a sus asesinatos. En muchos casos, que se cuentan por docenas, la renuncia se había presentado y también el asesinato. En otros, la fortaleza del alcalde condenaba a muerte a sus hijos, a su mujer o a su madre. Como ministro del Interior y de Justicia tuve que oír a uno de esos mártires de la democracia, que en medio de llanto que no disimulaba decía que él estaba dispuesto a arriesgar su vida, pero que las FARC le habían prometido matar a su madre, una anciana de 84 años. ¡Y a fe que cumplirían! Desde nuestro retiro del Ministerio todos los alcaldes están en su sitio. Para ese milagro fue necesario reclutar, armar y entrenar una fuerza de cien mil hombres adicionales. Combatir el terrorismo ha tenido su precio, bien se ve.

También en esa fecha estaban en ruinas 180 poblados colombianos, de sitios apartados y humildes, que las FARC habían atacado con cilindros de gas y después saqueado sin misericordia. Hoy está terminada la reconstrucción física de esas villas humildes, pero los muertos, los heridos, las viudas y los huérfanos que dejaron esas monstruosidades seguirán grabando la conciencia universal. Por lo menos la de los hombres y mujeres libres del mundo. Para ilustración de muchos, vale decir que un cilindro de gas propano –butano, lo llaman en España– es una arma mortífera, pero con la que no hay puntería. Cuando las FARC atacaban, lanzaban decenas de esas bombas, hasta que alguna cayera en la estación de policía, para incinerar a los 5 ó 6 agentes que custodiaban la pequeña plaza. Las demás caían en cualquier parte. Y mataban o lisiaban a cualquiera.

No por estudio nuestro, sino de la Human Rights Watch, las FARC llegaron a tener reclutados, entre niños y niñas menores de 15 años, cerca de 9.000. Los niños portaban fusiles y eran los encargados de componer el primer anillo de seguridad del secretariado, mientras las niñas eran las esclavas sexuales de aquellos desalmados. En cada grupo guerrillero viajaba un enfermero especializado en practicar abortos a esas preadolescentes. Las FARC no se encartan con recién nacidos. ¿No clama al cielo esa infamia?

Las FARC aprendieron, de ciertos profesores irlandeses que por aquí anduvieron, que los jueces colombianos condenaron y que las ONG de aquel país liberaron y hoy protegen, el uso de explosivos y principalmente la fabricación y siembra de las llamadas minas antipersona y que nuestro pueblo llama las “quiebra patas”, porque su oficio no es matar, lo que no aterroriza bastante, sino arrancar piernas, brazos, ojos de quien las pise. Un niño o un hombre o un soldado desmembrado duele más que uno muerto. Cerca de tres colombianos, niños, viejos, mujeres, soldados, caen cada día en estas trampas de las FARC. La revolución ante todo. Y en cuanto a explosivos, bien que los han utilizado en todos los escenarios posibles. Recordaremos ahora la voladura del Club el Nogal, de Bogotá. Un centro cultural y social, lleno de hombres de negocios, deportistas, admiradores del arte, que recibió una carga de más de 100 kilos del explosivo más poderoso que se conoce en el mercado del terror. Más de treinta muertos y de cien heridos para golpear la oligarquía. Pudo ser peor. Un cuarto de hora antes había terminado una fiesta infantil donde cien niños jugaban a ser felices. Y media hora más tarde empezaría la celebración de una boda con cuatrocientas personas. A veces las FARC no tienen la mejor puntería.

Sí la tuvieron en un pueblecito de gente de raza negra, llamado Bojayá. Ante la presión de los guerrilleros, los aterrorizados habitantes se refugiaron en el rústico templo de madera. Las FARC lanzaron cilindros bomba, su especialidad, e incineraron a cien personas, niños, mujeres, ancianos. Todavía recordamos a un General de la República, curtido en mil batallas, llorando ante las cámaras de la televisión con el zapatico de un niño entre sus manos. Era demasiado sufrimiento. Para cualquiera.

Al mundo parece que le importa poco la devastación de la naturaleza que las FARC promueven y ejecutan para que sea posible el único negocio que les interesa, el tráfico de cocaína y de heroína. Hemos perdido, todos los hombres y las mujeres de este planeta, decenas de miles de hectáreas de páramo, las más prodigiosas fábricas de agua de nuestros trópicos. Hay que derrotar esos frágiles ecosistemas para sembrar amapola. La heroína se paga bien. En punto a coca, la destrucción del bosque tropical húmedo, único en el mundo, va en más de medio millón de hectáreas. Y el envenenamiento de los ríos de la orinoquia y la amazonia, con los precursores químicos que las FARC mercadean y hacen aplicar para producir la pasta de coca y después el clorhidrato de cocaína, haría llorar al más insensible en cuestión de ecología.

La voladura de oleoductos merece capítulo especial. Porque todavía se estremece el mundo con la tragedia del Exxon Valdez, aquel buque que encallado derramó toneladas de crudo en el océano ártico. Juegos de niños. Se calcula en una docena de veces más el que derramaron las FARC y sus primos en el crimen, los del ELN. Y lo siguen haciendo. Los irlandeses no se molestaron para poco. En su honor, y en la medida que pueden, las FARC hacen explotar oleoductos. ¡Hay que vencer el imperialismo!

Los secuestros son una especialidad de las FARC. Antes de que tomara posesión el presidente Uribe, y en la época en que el presidente Pastrana les cedió cuarenta y dos mil kilómetros de territorio para que se sintieran cómodas en el diálogo, los secuestros en Colombia llegaron a tres mil quinientos por año. Hoy no pasan de 300, una cifra espantosa, pero que apenas llega al décimo de antaño. El secuestro no es descriptible en su capacidad de causar dolor y terror. Hay que vivirlo para saber de qué se trata. Sin que sea un caso excepcional, en mi familia hemos padecido cuatro secuestros ejecutados por la guerrilla comunista, con un saldo de dos asesinatos y dos rescatados contra fabulosas cantidades de dinero, superiores en mucho al patrimonio de las víctimas. Todos los secuestrados canjeables pertenecen a un inventario viejo. Las FARC no están en condiciones de renovarlo. Pero les basta el antiguo, hoy de 49 desgraciados, para seguir aterrando a Colombia y al mundo. Además de esos can-

jeables, cerca de 750 colombianos, hombres y mujeres, fueron secuestrados por las FARC y de ellos no sabemos nada. Porque son secuestros extorsivos, que estos maleantes llaman impuestos de guerra, que andarán en trámite de negociación, porque el terrorismo hace de la libertad y de la vida un objeto de comercio, y que muchos ya habrán terminado, lo que se sospecha por antiguos, en la muerte de la víctima. Pero insistamos en que esos no son canjeables. Apenas rescatables por dinero, como los cristianos que caían en manos de los piratas turcos antes de Lepanto.

Los desplazamientos de campesinos son un capítulo especial. Las FARC han arrancado de su solar, de su paisaje, de su tierra, a más de dos millones de personas. Muchas han encontrado un nuevo horizonte de vida en los Estados Unidos o en España. Otras lograron un lugar decente en las ciudades colombianas. Otras engrosan los cinturones de miseria, sin otro horizonte que el delito para los jovencitos y la prostitución para las niñas. O tal vez el asociarse a un nuevo grupo en armas para cobrar venganza. Costará por lo menos dos generaciones cicatrizar esas heridas.

Los distraídos Presidentes latinoamericanos de hoy olvidan un acto terrorista de las FARC que pudo costarle la vida a cuantos asistieron a la toma de posesión de Álvaro Uribe el ya citado 7 de agosto de 2002. Las FARC organizaron un centro de lanzamiento de cohetes con capacidad para destruir el Capitolio Nacional y asesinar a los Presidentes de más de diez países, al Príncipe de Asturias, a todo el Cuerpo Diplomático acreditado en Colombia y a las cabezas de los tres poderes constitucionales. Por un milagro falló la rampa de lanzamiento. Instalada en un tercer piso de una vieja casa, no resistió el impacto de retroceso de los cohetes, que primero se desviaron y luego no pudieron despegar. Murieron unos cuantos infelices de un barrio pobre, próximo a Palacio, y el mundo se salvó de una matanza sin antecedentes en la Historia. Retozos democráticos, se dirá ahora.

Quedan los asesinatos, los saqueos, las extorsiones, que por aquí llamamos “boleteo” en honor del recibo escalofriante de la boleta que exige el pago para conservar la vida. El catálogo de estas salvajadas es interminable.

Pero lo que más indigna no es esta lista de atrocidades. Es que ante ellas la Organización de Estados Americanos y el llamado Grupo de Río se encoja de hombros y se declare neutral ante el deber de señalarlas como elemento causal de terrorismo. Por estos lados hay personajes como Chávez y Correa, Presidentes de dos países, que expresamente se niegan a llamar terroristas a las FARC, para mantenerlas como insurgentes y grupos armados con derecho a la beligerancia. Y que los demás guarden silencio, para no molestar a los socios del Foro de Sao Paulo que asisten a las reuniones cubiertos por el respetable pabellón de sus repúblicas democráticas.

¿Y QUIÉN ERA RAÚL REYES?

Ésta es una biografía que no vale la pena. Su apellido era Devia y no Reyes. Siempre conviene un nombre de combate, sonoro y macizo como a veces los usan los artistas para llamar la atención. De origen muy humilde, se estrenó políticamente en la JUCO (Juventud Comunista) como es casi de rigor. Después fue empleado modesto y sindicalista, como en muchos casos acontece.

Después de sus oficios sindicales, Devia, es decir Reyes, se fue para la guerrilla. Y empezó a ascender, por su crueldad con el fusil, requisito *sine qua non* para ser alguien en las FARC. Pero también se destacó por su obediencia y cercanía con Tirofijo o Marulanda o como se llame el siniestro comandante que fue de las FARC. Y no sólo fue cercano, obsecuente, eficaz con el arma, hábil para la intriga, sino que se casó nada menos que con Olga Marín, hija de Tirofijo, quien también era Marín. Así, con esa cercanía adicional, siguió escalando los peldaños de la cumbre del llamado "secretariado" o comando supremo de esos maleantes.

Vendrían las conversaciones del Caguán. Tres años y medio de muy ingrata recordación para los colombianos, en los que se dijeron todos los disparates posibles y se reunieron todos los izquierdistas y paraizquierdistas para predicar tonterías mientras las FARC asesinaban, secuestraban, destrozaban pueblos, mataban alcaldes y, sobre todo, se enriquecían fabulosamente con la cocaína que traficaban, lo que les permitió acumular un

arsenal fabuloso y hasta construir carreteras en la selva. Hospitales, clubes bien provistos del mejor “Scotch whisky” y las más lindas chicas, al gusto guerrillero, claro está, y aumentar su caudal de guerrilleros armados y de milicianos, o gente de apoyo en los pueblos y las ciudades, componían su menú diario.

Desde luego que, con tanta opulencia, alcanzaron amistad con periodistas de aquí y de acullá, y hasta consiguieron que los recibieran en Europa para afirmar su voluntad de paz ante una prensa sorprendida y muy poco perspicaz, como en estos casos acostumbra ser. Fue la época de gloria de Raúl Reyes. No hubo funcionario de la ONU que no lo abrazara y los visitantes de la zona de distensión, así se llamaba ese territorio “libre”, se peleaban por tener acceso al yerno casi omnipotente. Llamaba la atención que, en medio de esos bárbaros, aparecieran algunos que leían de corrido y habían tenido alguna formación adicional a su precario pero intenso entrenamiento en todas las maldades.

Cuando Pastrana tuvo que ponerle fin a la opereta del Caguán, y el ejército empezó la ardua y heroica tarea de recuperar el país, Reyes era famoso. Y en la distribución de funciones del nuevo régimen, le tocó la mejor parte.

Marulanda, o Marín o Tirofijo murió hace tiempo. Un cáncer de próstata tratado en la selva no permite otro desenlace. Pero Reyes no ha querido reconocer esa muerte. Prefirió, astutamente, seguir manejando el fantasma de Tirofijo y decirle a los demás guerrilleros que el comandante vive, el comandante ordena, el comandante decide. El comandante era Reyes, dueño del cadáver y del poder anejo. Por eso Reyes no era el segundo de las FARC, sino el primero. Era el interlocutor de los presidentes Chávez y Correa. El que concedía reportajes y ordenaba todos los crímenes. Era lo que le quedaba a las FARC de cohesión, de unidad, de sentido de estructura y de memoria. Muerto Reyes y enterrado Tirofijo, porque no hay otro que pueda echarse al hombro su osamenta, las FARC están perdidas. Nada menos que eso significaba para el Gobierno Nacional y para las Fuerzas Militares una operación exitosa contra Raúl Reyes. Era de hecho el fin de una pesadilla de casi 45 años.

LA OPERACIÓN MILITAR CONTRA RAÚL REYES

Para poder penetrar los anillos de seguridad de Raúl Reyes fue menester mucha paciencia, mucha decisión, mucho valor y mucha sangre. La derrota de las FARC, que a eso equivale este triunfo, ha demandado un colosal esfuerzo de la Nación. Ya hablamos arriba de lo que significa poner en armas cien mil hombres. Dotarlos, entrenarlos, darles moral de combate y ponerlos en condiciones de penetrar la selva colombiana. Pero eso no basta. Para llegar a Reyes debieron morir centenas de oficiales y de soldados colombianos. En febrero de 2002, cuando Pastrana bajó el telón a la farsa del Caguán, las FARC tenían cerca de veinte mil combatientes y muchos miles de milicianos de apoyo, que les sirvieron de fuente de reclutamiento cuando empezaron a perder hombres. Hoy no superan los 8.000 efectivos y están en condiciones en que no pueden suplir las bajas que sufren, muchas por desertiones de una tropa desmoralizada, hambrienta, enferma, que se mantiene con el fusil por el terror de intentar una evasión, que si fallida se paga infaliblemente con la vida. Pero eso no ha sido fácil. Principalmente, porque las FARC han tenido una fuente indeficiente de recursos, que es el narcotráfico. Hoy apenas les queda esa última infame trinchera. Pero están tan acorraladas que ya ni la mafia las usa para cuidar sus cultivos, sus laboratorios y sus rutas. Hasta prefieren armar sus propias cuadrillas, con muy mal suceso, como podrá suponerse.

Tener a Reyes en la mira no era un hecho cualquiera. Era el momento decisivo de una tragedia nacional de cuatro decenios. Era ponerle punto final a matanzas inauditas, a secuestros espantables, al más horrendo tráfico de niños y niñas que haya en América, a la amenaza permanente del terror. Y Reyes estaba en la frontera, del lado de acá o de allá, porque ambas posibilidades estaban abiertas cuando se movilizaron la infantería y la aviación en esa jornada memorable. La Inteligencia Militar es muy buena en la Colombia de hoy. Pero esos blancos son móviles y la frontera con el Ecuador, el sitio ideal para ir y venir sin riesgos apreciables. Desde el Ecuador lanzaron las FARC más de veinte ataques letales contra Colombia; que Reyes los dirigía con la complicidad del Gobierno ecuatoriano, como lo han comprobado sus parlanchines computadores; que el ejército ecuatoriano nunca combatió a Reyes ni a las FARC, porque le faltan medios, téc-

nica, hombres adiestrados y, finalmente, ganas; y que para ilustrar mejor esta tragedia recordaremos que el sitio del ataque se llama Teteyé, y que hace dos años, en ese mismo lugar, bandidos de las FARC pasaron el río y, sorprendiéndolos mientras dormían, mataron a diecinueve soldados y dejaron once heridos de gravedad.

Reyes tenía que caer. La zona era inhóspita, totalmente despoblada, más del lado ecuatoriano que colombiano, por lo que no habría daños colaterales de ningún tipo, y no se podía perder un minuto. Avisar al Ecuador era avisar a Reyes y una operación conjunta no era siquiera imaginable. Así que el Presidente dio la orden....

El golpe lo propinó la Fuerza Aérea, que bombardeó objetivos a ambos lados de la frontera. Los campamentos eran dos, sobre las márgenes sur y norte del Putumayo, y los dos sufrieron el rigor del asalto. Del lado ecuatoriano hubo respuesta y Colombia desplegó un grupo de comandos que tenía el encargo de recuperar el cadáver. Detrás venía un contingente de policía, que tiene facultades de investigadores judiciales. La ingenua aspiración era la de colaborar con las autoridades ecuatorianas, que seguramente se regocijarían por verse libres de semejante amenaza. La Inteligencia supo que el plan era apresar los policías y juzgarlos en el Ecuador. Así que les dieron orden de cruzar el río y ponerse a salvo. Pero se recuperó el cadáver de Reyes, el de otro guerrillero que parecía importante y los cuatro computadores que traen tan preocupados a Presidentes vecinos, políticos, periodistas y amigos y colaboradores de las FARC.

La historia del cadáver hay que contarla. Las FARC nunca dejan los cuerpos de los muertos, ni de los heridos. A estos se los llevan para acribillarlos y tirarlos al río más próximo. Los muertos no hablan. A los muertos se los llevan para que el Gobierno no tenga el trofeo y para negar la muerte. Es cuestión de moral de combate. Al Negro Acacio, el más temible guerrillero muerto el año pasado, se lo llevaron. Sólo que fueron imprudentes y confirmaron por radio lo que el Ejército sabía pero tal vez no hubiera podido demostrar. A Carlos Antonio Losada, otro bandido terrible que estaba preparando el asesinato del presidente Uribe, del ministro de Defensa, del consejero presidencial y de quien escribe estas líneas (con-

denado a muerte por ser enemigo del "Ejército del Pueblo"), lo dio de baja el Ejército, pero como la guerrilla se lo pudo llevar herido a estas horas la muerte de Losada no se admite.

Con Reyes, eso no podía ocurrir. Ya con el cadáver de Tirofijo era suficiente. Era preciso hacerle la autopsia al del segundo, que era el primero al mando, como ya se explicó, y que las FARC, el país y el mundo supieran que ese terrorista, ese bárbaro, ese asesino que murió con 121 órdenes de captura de jueces colombianos y más de veinte condenas por todos los delitos imaginables, ya no sería más una amenaza para el género humano.

A los cristianos nos cuesta alegrarnos por una muerte. Pero ésta produce una insuperable sensación de tranquilidad, de paz en el corazón. Nos invade la íntima certeza de que la Justicia sí existe, sólo que a veces tarda un poco. Creímos que esa sería la reacción universal. Lástima. Hasta minuto de silencio se guardó en la Asamblea de Venezuela por la desaparición de un "buen revolucionario". No lo podíamos creer. Pero era apenas la primera dosis. Porque en la Cumbre de Río, los Presidentes y Jefes de Estado de todo Latinoamérica nos traerían una decepción peor. Con ella cerraremos esta historia.

LA OEA Y LA CUMBRE DE RÍO O CUANDO SE PIERDE LA FE EN LA BONDAD HUMANA

Cuando el presidente Correa fue enterado por el de Colombia de la acción que había permitido liberar al género humano de uno de sus más crueles azotes, se mostró tranquilo y hasta magnánimo. Pero unas horas más tarde se presentó ante la televisión Hugo Chávez, el Comandante Presidente de Venezuela, y en el tono más feroz agredió a Colombia por esa violación al sagrado territorio de un país amigo. En su siguiente perorata televisada fue más adelante y ordenó en público la movilización de los diez batallones con tanques hacia la frontera colombiana y el despliegue en plan de ataque de su temible aviación de origen soviético. Para Rafael Correa la de Chávez era una orden, puesto que por aquí como en todo el mundo funciona aquello de que el que paga manda. Y Correa, como tantos otros Jefes de Estado de esta América Castro-Comunista-Chavista, le debe mu-

chos favores en metálico a su compañero del Foro de Sao Paulo. Así que se sintió obligado a protestar furibundo por la violación a la soberanía del suelo de su patria, expulsó a nuestro embajador en Quito y rompió relaciones diplomáticas con Colombia. Valdrá recordar que el Ecuador tuvo dos guerras, de verdad y no de farsa, con el Perú y que en ninguna de las dos llegó a romper relaciones diplomáticas.

A petición de los ofendidos, se reunieron en Washington todos los cancilleres de la OEA. Y era de ver cómo cada uno que intervenía se rasgaba las vestiduras y cubría su cabeza de ceniza en señal de duelo. En una invasión militar que duraría a lo sumo dos horas, en un acto de legítima defensa, tropas colombianas habían dado muerte al más repugnante y temible terrorista de toda América. Nada de eso contaba. Lo único que importaba era esa agresión brutal a un territorio vecino y la intención de todos parecía ser la de lanzar a Colombia a las tinieblas exteriores.

Después de una tibia y opaca defensa de Colombia, se acordó el nombramiento de una comisión, que cuando escribimos estas líneas anda por acá, oyendo a los ecuatorianos ofendidos y a los colombianos que han presentado disculpas pero que siguen insistiendo, inútilmente, en la naturaleza terrorista de las FARC y en el legítimo derecho que cualquiera tiene a defenderse de brutales agresiones que no pueden neutralizarse de otro modo.

Y luego vino lo que se llama la Cumbre del Grupo de Río, compuesta por Jefes de Estado y de Gobierno de todos los países latinoamericanos. Es casi una réplica de la OEA, pero sin la participación de las naciones caribeñas que maneja Hugo Chávez a su antojo con unas toneladas de petróleo que les regala cada año.

Tendremos que recordar que en esa Cumbre de Río participaban viejos amigos y conocidos: Hugo Chávez, de Venezuela; Daniel Ortega, de Nicaragua; Rafael Correa, del Ecuador; Evo Morales, de Bolivia; el Canciller Representante de Luis Ignacio Lula Da Silva, de Brasil, y curtidos funcionarios de la cancillería argentina. Todos ellos, con un elemento común. Formaron parte activa del Foro de Sao Paulo, una organización comunista

que tenía por objeto mantener viva la revolución en América después de la caída del Muro de Berlín. Y llénese de asombro, lector querido, si le recordamos que de ese grupo del Foro de Sao Paulo forman parte también las FARC y el ELN, otro ejército terrorista colombiano, igualmente en vía de extinción. Así que era una reunión de viejos amigos, convocados para llorar la muerte de su compañero Reyes y para hacer pedazos a Colombia. No hubo minuto de silencio por el "buen revolucionario", que había muerto salvajemente asesinado, como dijo alguno, por las fuerzas pro imperialistas de Colombia. Pero casi.

El presidente Álvaro Uribe Vélez se batió con valor y desplegando su reconocido talento como polemista de primera línea. Tal vez le faltó cierta cohesión a su discurso y sobre todo insistencia en los dos temas que debieron ser esenciales, la naturaleza terrorista de las FARC y el derecho de Colombia a la legítima defensa.

Pero cuando todo parecía dispuesto para una masacre moral y política contra Colombia, surgió un hecho sorprendente. Hugo Chávez tomó la palabra, conciliador, amable y hasta simpático. Propuso que se desarmaran los espíritus y ofreció tender los brazos suyos y de su país para estrechar los de Colombia y del Ecuador. ¿Dónde radicaba el milagro?

Pues en hechos políticos de infinita trascendencia. Chávez le estaba declarando una guerra a Colombia para tapar sus infinitos problemas domésticos. Venezuela nunca vivió una bonanza petrolera como la de ahora y nunca como ahora ha sido tan pobre. No metafórica sino realmente, los venezolanos están comiendo lo que de Colombia se les manda. Si no llegaran nuestros cargamentos de leche, de carne, de huevos, de arroz y chocolate, la penuria en la mesa de los venezolanos sería absoluta. Por eso, el pueblo venezolano no reaccionó como Chávez calculaba, lleno de fervor para esa cruzada contra el enemigo, sino que se levantó furioso contra quien quería conducirlo a una guerra estúpida, carente de todo sentido y a la larga demoledora. Para fortuna de Venezuela, nunca ha tenido un conflicto armado y no llegan a sesenta mil todos los soldados y oficiales de sus fuerzas militares. Los de Colombia son doscientos treinta mil, que pelean todos los días, que saben lo que es vivir en la selva, y combatir en los pá-

ramos y soportar las inclemencias de los soles caniculares de los llanos. Venezuela va en una carrera armamentista feroz y terminará por disponer, en uno o dos años, de una maquinaria guerrera impresionante. Pero eso no significa que el pueblo de Venezuela se quiera dejar embarcar en una aventura que sería siniestra para ella y para Colombia. El mismo ejército de Venezuela, conocedor de sus posibilidades y de sus limitaciones, le hizo saber a Chávez que lo acompañaba en su fanfarronada hasta la frontera, pero que no daría un paso dentro del territorio colombiano. Todas buenas razones para mostrarse así de amistoso, así de cordial, así de sorpresivamente generoso con Colombia.

La Cumbre, que había empezado tan mal, terminó con saludos cordiales y con abrazos que cualquiera creería sinceros. El presidente Uribe, a quien Correa y Chávez habían llamado mentiroso, cachorro del imperio, paramilitar, mafioso, y otros lindos epítetos de los arsenales verbales que se aprenden en ciertas cantinas, ahora era un Presidente amigo al que se le creía que nunca más atacaría un país hermano.

Pero estamos de regreso en un mundo alucinante de sorpresas y contradicciones. Porque se lee la declaración oficial de la Cumbre, en el que todos los países latinoamericanos, excepto Colombia, afirman que las FARC no son terroristas. Nos seguimos preguntando cómo pudo firmar una barbaridad semejante el presidente Uribe y cómo podemos entender un triunfo de nuestra diplomacia semejante derrota del Derecho, de la razón y del orden internacional que nos rige. Porque si las FARC no son terroristas, son un movimiento insurgente con el que hay que pactar, como Chávez insiste en pedir que el mundo lo imponga a Colombia. Es la única manera de revivir políticamente a ese moribundo militar y a ese cadáver moral. Pero para Chávez las FARC son tan imprescindibles como sus propias milicias populares, insuperable y necesario aliado para derrotar a Colombia y para expandir su nefasta aventura del socialismo del siglo XXI. Los demás compañeros del Foro de Sao Paulo tienen que seguirlo en esa ruta del absurdo y la ignominia. Así sea con desgano, así sea con todas las reticencias y salvedades que puedan suponerse. Pero no hay que olvidar que todos los petrodólares de Venezuela se dedican a captar esas lealtades y a insistir en esos propósitos que parecen sacados del teatro del absurdo.

América Latina, en el momento crucial de sus compromisos históricos con los pueblos, se apunta a la carta de un socialismo retrógrado, paralizante y destructivo. Y todo eso, llevada a rastras por el dueño de una riqueza fabulosa que se ha dedicado a despilfarrar para daño de su pueblo y del Continente. Algún día la historia se lo cobrará.

Y así termina, por ahora, esta guerra que no llegó a serlo. Los batallones van de regreso a sus cuarteles y los aviones rusos a sus bases. ¿Por cuánto tiempo?